

## CONCEPTO DE SALVACIÓN EN EL CONCILIO VATICANO II

Dr. Félix J. Palazzi von Büren\*

“Así pues, mezcló y unió, como ya hemos dicho, al hombre con Dios. Porque si no hubiera sido un hombre que hubiera vencido al enemigo del hombre, el enemigo no habría sido vencido con toda justicia. Por otra parte, si no hubiera sido Dios el que nos había otorgado la salvación, no la habríamos recibido de forma estable”\*\*.

### **ABSTRACT**

*The Second Vatican Council represented a unique event in the history of the Church. It renewed the traditional theological and ecclesiological categories through new contents and perspectives. One such category is, without doubt, that of salvation. This is a central concept to better understand the place and role of Christian faith as Good News to our world.*

**KEYWORDS:** *Salvation, Second Vatican Council, Christ, mankind, soul, body, church, grace, death, soteriology, eschatology*

---

\* **Félix Palazzi von Büren** es venezolano. Licenciado en Educación mención Filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología Dogmática en la misma Universidad Gregoriana. Profesor e investigador de la Facultad de Teología de la UCAB (Instituto de Teología para Religiosos-ITER) y en el Instituto Universitario Salesiano Padre Ojeda. Coordinador del Diploma de Estudios Avanzados en Teología de los Estudios de Postgrado en Teología del ITER (UCAB) en Caracas.

\*\* IRENEO DE LION, Adv. Haer. III. 18,7.

### 1. INTRODUCCIÓN

En algunos ámbitos se ha considerado el Concilio Vaticano II como un concilio pastoral ya que no se realizó para defender o definir una doctrina; no obstante, la simple designación de este concilio como un concilio pastoral sería del todo incompleta. El concilio, si bien no pretendía definir ningún dogma, realizó un giro en la forma de entender y abordar la fe de la Iglesia, transformando definitivamente el horizonte de comprensión de la fe y abriendo nuevos espacios para el diálogo y el enriquecimiento de la misma. En el concilio, ciertamente, “no se trata del pasado, sino una solicitud y una tarea para el futuro”<sup>1</sup> de toda la Iglesia. Muchas preguntas quedaron abiertas que más que sencillas interrogantes son aspectos vitales de la comprensión y exposición del cristianismo católico. Uno de los temas fundamentales para la fe cristiana es la salvación, ya que el cristianismo es realmente oferta de salvación o se transforma en pura ideología.

Hay palabras que ocultan en sí mismas mucho más de lo que ellas describen en la simple referencia. Al considerar la salvación nos referimos al aspecto central del cristianismo, sin la salvación toda nuestra fe sucumbe. De allí la importancia de prestarle atención a la dimensión salvífica de la Revelación, pues sin esta debida atención al carácter salvífico todo el contenido de la fe corre el riesgo de desdibujarse o falsearse. La salvación en el Concilio Vaticano II dejó de ser una categoría considerada como parte final de toda la exposición cristiana. De hecho, en la preparación del programa del concilio surgieron algunas peticiones para definir dogmáticamente la “salvación”, pero el parecer de los padres conciliares fue mantener a la salvación como un acontecimiento tan absolutamente abierto —abarca toda la vida del hombre y de la Iglesia— que prefirieron no reducirlo a una expresión dogmática<sup>2</sup>.

Sólo una teología que esté atravesada por la confianza en la gracia de Dios y en su misión en el mundo, recordaba Rahner, será una teología *conciliar*<sup>3</sup>. En este sentido creemos que el concepto de salvación en tanto comunión, plenitud, participación, rescate, etc., es una noción fundamental que el concilio ha permitido aclarar desde la teología de la gracia y el ser de Cristo dado a nosotros en nuestra historia. Al fijar su atención en la realidad de la salvación en el mundo,

---

1 RAHNER K., *Schritten zur Theologie* XIV, 304.

2 Cfr. SESBOÛE B., *Jesucristo el único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, Tomo I, Salamanca 1982, 64.

3 RAHNER K., *Schriften zur theologie* VIII, 42.

el concilio permite entender más claramente la actitud de servicio al mundo que todo cristiano debe asumir como su vocación más radical y última. Los mismos padres conciliares antes de entrar al aula recordaban: “Nosotros, que vivimos adheridos a Cristo, no somos ajenos a las preocupaciones y a las penalidades. Por el contrario, la fe, la esperanza y el amor a Cristo nos impulsan a servir a nuestros hermanos, asemejándonos en esto al ejemplo de Cristo, que no vino a ser servido, sino para servir. Por eso, la Iglesia no nació tampoco para dominar, sino para servir” (Mensaje dirigido a la humanidad, aprobado el 20 de octubre de 1962).

## 2. CONTEXTO PRECONCILIAR

El tiempo de la Iglesia preconiliar no fue un período libre de toda la complejidad propia de su momento e historia. Nuestra breve referencia al lapso preconiliar pretende advertir sobre la necesidad de reconocer previamente la diversidad de un tiempo eclesial enmarcado, por un lado, en las grandes luces del papa León XIII respecto a la situación social y el papel de la Iglesia en la sociedad moderna, y por otro lado, en el claroscuro dominante de la posición de Pío XII frente a la cuestión moderna. Sin duda alguna, fue un período donde la figura del pontífice preponderaba sobre los obispos y en todo un horizonte donde no había conferencias episcopales; por ejemplo, en la cuestión antisemita de la Segunda Guerra Mundial, Pío XII acaparaba toda la atención opacando la abierta, valiente y testimonial oposición al nacionalsocialismo del obispo de Münster Clemens von Galen (llamado el León de Münster). Baste esta mención para prefigurar la complejidad de ese tiempo y pensar el tema de la salvación en el contexto eclesial preconiliar y en su relación con el mundo.

Sin embargo y sin duda alguna, la teología preconiliar al abordar nuestro asunto colocaba su acento en la salvación en tanto promesa escatológica. La salvación significaba, fundamentalmente, “salvar el alma”. Por ello, era importante para la teología justificar el destino sobrenatural del hombre y su posesión de un alma inmortal que con la *ayuda de la gracia y los medios necesarios* le sirvieran para alcanzar la salvación eterna. El riesgo del hombre en la vida terrena, se argumentaba, consiste en perder el alma para la eternidad; hay que vivir en la tierra pero es preciso tener la mirada en el cielo.

Alfonso María de Ligorio en su obra *Preparación para la muerte*, recuerda: “El negocio de la eterna salvación es, sin duda, entre todos, el que más nos importa, y sin embargo entre los cristianos el más descuidado (...). Debemos tener más estima a nuestra alma que a todos los bienes de la tierra (...). Son unos insensatos;

pueden conquistar bienes eternos, y ¿van en pos de estas cosas viles y pasajeras? Y ¿por ellas se condenarán ustedes mismos a tormentos eternos en la otra vida? Dejad, dejad estos bienes del mundo para gente desventurada, no como nosotros, que nada tenemos que esperar más allá de la tumba"<sup>4</sup>. Así la vida acá en la tierra sólo tiene sentido desde la vida eterna allá en el cielo.

La teología de la salvación va unida a la voluntad salvífica universal de salvación de parte de Dios que ha propiciado los auxilios suficientes para alcanzarla, a saber, los *sacramentos* y sus *gracias actuales*. Los mismos presuponen de parte del hombre la libre cooperación en su libertad. La Iglesia siempre proclamó la salvación como una oferta universal de salvación para todos, la muerte de Cristo fue por todos. Sin embargo, la teología de la salvación se articulaba inseparablemente de la teología sacramental y de la eclesiología<sup>5</sup>. Los sacramentos son entendidos como medios eficaces de salvación, aunque por sí solos son insuficientes; Dios en su gracia inflama el entendimiento y la voluntad del hombre que lo incentiva a abrazar la salvación con fuerza y humildad. De este planteamiento se desprendía un gran tema que era la salvación de los "infieles". Esta salvación era concedida por Dios en su gracia a aquellos que nunca habían escuchado la predicación del Evangelio y, por ende, nunca habían podido aceptar el auxilio de la vida sacramental o formaban parte de la iglesia visible.

En la teología ninguna proposición o tema es aislado, toda afirmación implica otra y afecta a otra. La afirmación del pecado original, sin duda alguna, era un asunto de suma importancia para entender la causa de nuestra salvación por Cristo y de nuestra debilidad en la carne; debilidad que se mostraba en una afección por el mundo y que exigía un desapego del mismo. Estas breves líneas lo que pretenden reflejar es la complejidad de la teología preconiliar basada, fundamentalmente, en la argumentación y referencia a las fuentes de la revelación entendida a través de una nueva escolástica que, sin duda alguna, se presentaba como un todo por medio del cual exponer la fe.

Estos antecedentes era necesarios para exponer a continuación tres puntos que nos parecen no una simple referencia a lo que el concilio expresó sobre la salvación, sino en especial, la nueva tarea y responsabilidad que el concilio nos ha dejado y que justifican su importancia y significado en nuestra historia.

---

4 SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Preparación para la muerte*, Consideración 12 punto 1.

5 El Concilio de Florencia en 1442 afirmaba bajo un fuerte eclesiocentrismo: "la Iglesia firmemente cree, profesa y predica que nadie que no esté dentro de la Iglesia Católica, no sólo paganos, sino también judíos o herejes y cismáticos, puede hacerse partícipe de la vida eterna, sino que irá al fuego eterno que está aparejado para el diablo y sus ángeles" (DH 1351).

### 3. SALVACIÓN COMO PARTICIPACIÓN

No es de extrañarnos que si nos preguntamos por el sentido más común de lo que la salvación implica, inmediatamente pensemos en la salvación futura. La salvación se ha tornado en una extraña realidad sólo alcanzable fuera de este mundo o en el rescate de los peligros del mismo. En realidad, la salvación presenta una oferta tan rica que desde un principio escapa a toda conceptualización unívoca que la deje reducida a un carácter único como promesa de futuro luego de la muerte y, consecuentemente, tras abandonar el mundo. La salvación que con Cristo nos ha sido ofrecida para muchos de nosotros es sólo una promesa que depende de nuestro buen obrar, pero muy difícilmente podríamos aceptarla y comprenderla como una oferta para el presente. La complejidad de nuestra vida como cristianos radica en el esfuerzo de pensar nuestra propia situación al referirnos al contenido fundamental de lo que afirmamos creer. Es necesario, hoy más que nunca, asumir la propuesta conciliar: “el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (GS 31).

El Concilio Vaticano II al verse liberado de la actitud apologética pudo centrar su atención en el significado de la persona de Jesús y no sólo en su acto pascual de muerte y resurrección con el rescate del pecado. En este contexto, la salvación empieza a ser aprehendida más allá de la satisfacción que Cristo pagó por nuestra ofensa a Dios (cfr. DH 3891) y queda liberada de la exclusividad del discurso de la justificación solamente alcanzada por los méritos de su pasión (Cfr. DH 1529). De este modo, el concilio logra mantener una línea de continuidad pero también de discontinuidad respecto a los antiguos documentos eclesiales. La salvación no sólo es rescate sino también liberación, plenitud de vida, participación, realidad presente y promesa, reconciliación, intercambio, justificación, etc. Se logra ver así lo difícilmente irreductible del concepto de salvación a un único esquema o a fórmulas teóricas que expresen la totalidad de su contenido.

La salvación como plenitud del ser humano consiste en la *participación* en la persona de Cristo, quien ha asumido nuestra humanidad desde un proyecto eterno y desde el cual Él siempre ha estado unido a todo hombre y para siempre lleva nuestra humanidad al Padre. Se hace imposible separar a la cristología de la soteriología.

*En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo encarnado. Adán, el primer hombre, era en efecto, figura del que había de venir (cfr. Rom. 5,14), Cristo, nuestro Señor, el nuevo Adán, en la revelación misma*

*del misterio del Padre y de su amor, pone de manifiesto plenamente al hombre ante el propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, por consiguiente, que las verdades que anteceden encuentren en Él su fuente y alcancen su coronación” (GS 22).*

El texto parece insinuar que la salvación es el presupuesto de comprensión de la misma creación del hombre: somos creados para ser salvados, la propia creación es ya condición de posibilidad para que la salvación acontezca. La salvación no es un plan alternativo luego de la creación. La protología y la soteriología, el inicio y el destino de nuestra realidad no son dos acontecimientos separados; en nuestro inicio ya está contenido el sentido de nuestro destino, la comunión en el Verbo encarnado. “En realidad, el misterio del hombre no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo encarnado”; la salvación es la vocación a la que el hombre está llamado desde un principio, nuestro destino es participar de Dios mismo (cf. GS 24). Una participación que no significa absorción o anulación pues nuestra realidad humana no es anulada sino que, por el contrario, es plenificada. La salvación implica la manifestación plena de eso a lo que nosotros hemos sido llamados desde la creación y la glorificación de nuestro destino. Hemos sido constituidos desde la salvación y llamados a ella.

Se lee en el fragmento citado: “...pone de manifiesto plenamente al hombre ante el propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” con lo que parece también afirmarse que la participación con Cristo no significa sino el colocar al hombre frente a lo que realmente el hombre es; así, mientras más Él ha asumido nuestra naturaleza humana y plena, más consecuentemente nuestra humanidad alcanza su total realidad y es llevada a la participación. La naturaleza humana no queda desvalorizada o anulada en la participación con Cristo sino que, por el contrario, Él es siempre el horizonte último que impide la anulación o relativización de nuestra realidad humana. El hombre por sus propias fuerzas no logra realizarse completamente, se pierde en el horizonte de lo contingente. Desde Cristo salvarnos no es deshumanizarnos porque sólo en la asunción de nuestra humanidad alcanzamos la participación con nuestros hermanos, con la historia y con Dios. Desde esta concepción se entiende que entre Cristo y nosotros más que una *sustitución* hay una real *participación* y *solidaridad*, que nace y tiene dos momentos, uno descendente y fundante que es de Dios en Cristo por el Espíritu al hombre, y otro, ascendente, del hombre a Dios.

Rahner hace notar que la condición de posibilidad para la mediación de Cristo y su salvación es una real intercomunicación de todos los hombres en lo más profundo de su existencia. Por esta intercomunicación, la salvación se realiza

en la concreta realización de la existencia y experiencia de esa profunda y real relación entre todos los seres humanos. Esta intercomunicación tiene su fuente en el amor absoluto del Padre que llega al momento escatológico culmen de la unión y admirable intercambio entre Dios y el hombre en Cristo, cuando esta intercomunicación alcanza su valor definitivo y nos encontramos frente al misterio de Cristo. Sólo desde este horizonte de comprensión podemos entender la actuación de Cristo como salvador y mediador<sup>6</sup>. La solidaridad nos conduce a la universalidad de la salvación, sobre la cual volveremos.

#### 4. LA SALVACIÓN COMO ACONTECIMIENTO DEL AMOR

De alguna forma, la salvación ha sido reinterpretada no ya únicamente desde un esquema jurídico (satisfacción o sustitución) sino que se abre a un horizonte para su comprensión. Leemos en la *Gaudium et spes*: “La razón más profunda de la dignidad humana está en su vocación a esta comunión con Dios. El hombre está invitado, desde que nace, a un diálogo con Dios: pues no existe sino porque, creado por Dios en un impulso de amor, debe su conservación a ese mismo amor y no vive de verdad si no lo reconoce libremente y no se entrega a su Creador” (GS 19).

Sobrino insiste en que el lenguaje del amor es el más cercano y abarcador para hablar de la redención del hombre y el perdón de los pecados. El amor hace justicia a lo que realmente es la salvación<sup>7</sup>. Dios ha asumido la cruz no para eliminar su ira y darse por satisfecho, sino para mostrar cuánto ama al ser humano. Sólo un amor sin límites puede amar más allá de lo pensado, asumiendo incluso lo que parece contradictorio. La cruz y la muerte de Jesús son la expresión del límite de su amor y en su amor quiere unirse a todo hombre. Solamente un Dios que ha recorrido hasta el último paso de nuestra existencia y todos los rincones de la misma es digno de credibilidad. Sobrino nos recuerda, citando a Bonhoeffer, que “Sólo un Dios que sufre puede salvarnos”<sup>8</sup>.

El amor es lo que realmente nos salva, es la realidad más profunda del hombre que nos humaniza. Se nos ofrece como lo fundante de nuestra realidad humana y lo que la lleva a término. La donación de Dios en la que ha amado a todo hombre no puede ser menos que generadora de comunión. Cuando nosotros reflexionamos sobre la salvación como donación del amor de Dios, ésta no puede ser entendida sino desde ese amor, como amor al prójimo, que jamás puede relegarse

6 RAHNER K., *Schriften zur Theologie* VIII, 218-235.

7 Cfr. SOBRINO J., *Jesucristo liberador*, Valladolid 1993, 295.

## Concepto de salvación en el Concilio Vaticano II

como si fuera una realidad concerniente al ámbito de lo particular o lo privado. Entonces, la salvación misma, cuando implica una realidad colectiva e histórica, no puede presentarse sino como un acontecimiento de buena noticia al prójimo y en él a toda la colectividad. Es por ello que la salvación no tiene nada que ver con la evasión, el iluminismo o la mística sin sentido. Al contrario, cuando hablamos de salvación estamos hablando de un acontecimiento que se realiza en nuestra propia historia sin oposición o exclusión entre mundo y salvación, ya que nos referimos a una unidad diferenciada en la que se gesta nuestra salvación.

### 5. SALVACIÓN EN EL MUNDO

Hay que evitar toda ambigüedad cuando se habla de mundo y de salvación. No existe una identidad indiferenciada o un antagonismo entre el mundo y la salvación. El concilio ha enfatizado el carácter presente de la oferta de la salvación *en* el mundo, sin que ello implique el olvido de la dimensión escatológica de la misma. Esta postura del Vaticano II evita una evasión hacia los extremos abstractos de “mundo” o “salvación”. Al hablar de la salvación en el mundo, este *en* juega una función de identidad y de diferencia; la salvación, en tanto referida a la oferta de Dios, es el horizonte siempre indisponible que añade un plus a toda acción libremente humana otorgándole un horizonte de trascendencia; y referida a la acción libre del hombre, afirma que toda acción plenamente humana y humanizante está en el horizonte de la salvación. La salvación acontece en la realidad de nuestra historia y es oferta y don para el hombre que en su libertad se abre a aceptarla o a rechazarla. Como oferta y don de parte de Dios, la salvación es siempre mayor a la libertad del hombre y, en tanto don recibido y aceptado, es siempre plenitud y sentido de la existencia humana.

*Una cosa hay cierta para los creyentes, que la actividad humana y colectiva, es decir, el conjunto ingente de los esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para mejorar su condición de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios (...) por eso los cristianos, lejos de pensar que las obras que el hombre logra realizar con su talento y su capacidad se oponen al poder de Dios y que la creatura racional es como una émula del creador, cultivan más bien la persuasión de que las victorias del género humano son un signo de las grandezas de Dios y un fruto de su inefable consejo (GS 34).*

La salvación del hombre no corresponde sólo a su esencia o a una parte de él (el alma), sino al hombre concreto que ha llegado a ser más hombre en el mundo

y en su obra de transformar lo que le rodea. Por ello, no hay oposición en el obrar humanizante del hombre y el reino de Dios, “aunque el progreso terreno no se haya de identificar con el desarrollo del reino de Dios, con todo, por lo que puede contribuir a una mejor ordenación de la humana sociedad, interesa mucho al bien del reino de Dios” (GS 38). La salvación es obra del Espíritu que transforma nuestra existencia y nuestra historia, que por sí solas carecen de fuerzas para alcanzar toda plenitud y sin la cual el hombre se perdería en la contingencia (Cfr. GS 36). Nada hay de verdaderamente humano que no sea capaz de ser plenificado por Dios, es por ello que la salvación es posibilidad real y horizonte de sentido de nuestra libertad y realidad como seres humanos.

Esta salvación acontece en la ambigüedad de nuestro mundo, en un mundo marcado por las muertes violentas y una larga lista de contradicciones. Entonces, ¿hablar de salvación en un mundo tan contradictorio tiene sentido para el cristiano? En el reconocimiento del carácter actual de la salvación como don del Padre, nos corresponde entender que hay gracia y pecado en nuestra situación presente, asumiendo el pecado no como una categoría individual o restringida, meramente, al aspecto formal, como quebrantamiento de una ley o una obligación, sino el pecado en su dimensión más teológica como negación de la presencia y de la realidad de Dios. No sólo es necesario afirmar que allí no está Dios y que Dios no puede ser cómplice de las consecuencias de su negación, sino también que cada vez es más urgente afirmar la presencia de Dios en medio de tanto sufrimiento. El pecado es la negación de Dios en tanto ocultamiento aparente de su presencia, pues en Cristo, quien asumió el pecado y lo más devastador de él en tanto asesinato, Dios se revela en su totalidad ofreciendo por el Espíritu la vida como plenitud total de su persona, de la deshumanización sufrida en su carne. La salvación es salvación *en* el mundo porque “la muerte del pobre es la muerte de Dios, es la crucifixión continuada del Hijo de Dios”<sup>8</sup>, y porque desde ella Dios, uno y trino, ofrece al hombre la salvación. La presencia del mal no desmiente la salvación en el mundo, al contrario es la advertencia al cristiano para que no se desentienda de la historia y siempre continúe esperando la paz que tanto anhelamos. “Sólo el hombre, que de alguna manera en su libertad más íntima se entiende y vive en paz con Dios, puede en un dominio racial de sí mismo, servir también a la paz entre los hombres”<sup>9</sup>.

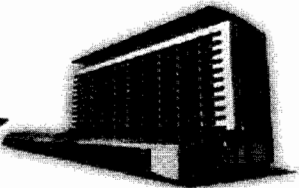
---

8 ELLACURÍA I., *Historicidad de la salvación*, en *Mysterium Liberationis*, Tomo I, Madrid 1990, 357.

9 RAHNER K., *Schriften zur theologie* VIII, 690.



# UCAB



La Facultad de Teología de la UCAB, Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas, ofrece las siguientes opciones de carreras con los correspondientes certificados y títulos.

**TÍTULOS CIVILES EXPEDIDOS POR LA UCAB**  
**-UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, DE CARACAS-**

- **Licenciatura en Teología**, tras los seis años de estudios filosóficos y teológicos, como estudios de pregrado para obtener la Licencia.

- **Maestría en Teología**, tras los dos años de estudios especializados, en el área de postgrado en Teología con una de sus cuatro menciones:

- **Maestría en Teología Pastoral**
- **Maestría en Teología Espiritual**
- **Maestría en Teología Bíblica Pastoral**
- **Maestría en Teología Fundamental**

Para el acceso a los estudios de las Maestrías, se exigen estudios de pregrado en Teología con el título correspondiente; o haber cursado la nivelación teológica ofrecida en el **Programa de Estudios Avanzados en Teología** o su equivalente en el área de postgrados.

Estos estudios están abiertos especialmente al laicado católico con títulos universitarios y se tienen en la sede del mismo ITER de Caracas. Puede verse mayor información a propósito del CIET aquí mismo en esta revista.

---

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinto) Altamira. Apartado de Correos 6886 Caracas 1061-A. o llamar a los teléfonos (0212) 261.85.84. Fax (0212) 265.05.05. E-mail: [contacto@iter-ups.org](mailto:contacto@iter-ups.org).